

LA MIRADA INDISCRETA

Alejandro Ríos (La Habana, Cuba, 1952). Periodista, crítico de arte y de cine. Se ha desempeñado como reportero, jurado y conferencista en diversos festivales y eventos internacionales de cine y ha colaborado con una amplia variedad de publicaciones periódicas y libros especializados. Con frecuencia es consultado y citado por diarios, revistas, programas de radio y televisión, sobre temas referidos a la cultura cubana. Ríos se desempeña como especialista en los medios de comunicación hispanos para la Oficina de Prensa del Miami Dade College desde el año 1992, cuando se exilió en los Estados Unidos. En el 2003 dirigió el primer Festival de Cine Cubano Alternativo en el Teatro Tower del MDC, experiencia que luego repitió exitosamente en el 2009. Es parte del Comité de Autores Iberoamericanos de la Feria Internacional del Libro de Miami. Dirigió y presentó dos programas sobre cine cubano en TV Martí *La Pantalla de Azogue* y *Pantalla TVM*. Desde hace diez años escribe una columna semanal en *El Nuevo Herald* y conduce y produce el espacio de televisión *La Mirada Indiscreta*, sobre cine cubano, en el Canal 41, AmericaTeVe. *La Mirada Indiscreta* es también el título de este libro, el cual compila sus columnas publicadas en *El Nuevo Herald* entre los años 2007 y 2017. Es licenciado en Historia del Arte por la Universidad de La Habana.

Alejandro Ríos

LA MIRADA INDISCRETA



De la presente edición, 2017:

- © Alejandro Ríos
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-32-4

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

DEDICATORIA EXTENDIDA

Este libro pertenece a mis seres queridos:

*La prima Dalia, quien nos regaló el viaje a la libertad
Mis padres, Ramón y Migdalia, cimiento de la más hermosa familia
Mis hijos, Sandor y Alejandro, asombro, magia y poder de la creación
Mis nietos, Carlos y Lucas, garantía del legado
Mis hermanos Ramón, Franky, Willy y mi hermana, Massiel, una
fiesta de cariño insospechado
Sobrinos, sobrinas, cuñadas, cuñados y nueras
Mis suegros, Esther y Abelardo
Al Dr. Eduardo J. Padrón, por confiar en un desconocido
Mis entrañables amigos y amigas
A Esther, la luz de mis ojos, el amor de mi vida*

PALABRAS PREVIAS

El concepto que me ha servido para identificar el programa de televisión, que he conducido durante los últimos diez años, a lo largo de más de 500 emisiones, en el Canal 41—AmericaTeVe—, se ha transfigurado en este libro *La Mirada Indiscreta*.

Sus páginas, por otra parte, convocan el décimo aniversario de las columnas que cada semana escribo para *El Nuevo Herald*, gracias a la gentileza de sus editores, los amables lectores y de Andrés Hernández Alende, quien se ocupa, diligentemente, de las páginas de opinión.

Pienso que la accidentada aventura cubana necesita de todas las historias posibles para que la verdad —concepto abierto y exploratorio a mí entender—, no siga secuestrada por unos patanes que se han creído dueños de nuestros destinos.

He disfrutado mucho llamando las cosas por su nombre, sin eufemismos, porque una rosa es una rosa, pero una dictadura es una dictadura, y me avergüenza que amigos en la isla se pregunten el porqué de tanta fijeza y sinceridad a la hora de dilucidar aspectos de un proceso histórico—social malsano, que mucho daño le ha propinado a la nación.

No tengo que mirar sobre los hombros cuando escribo, ni bajar la voz al expresar lo que siento. No hay amargura ni resentimiento en opiniones libres que trato de formular de la forma más atractiva posible y con cierta dramaturgia, como mínimas cápsulas cinematográficas de apenas 600 palabras.

El cine, clásicos del rock, los viajes, La Habana, de los recuerdos, Miami, salvadora, y la aventura inspirada y fascinante de la historia familiar integran, entre otros capítulos, estas columnas que espero pueden ser leídas, con la complicidad y el libre albedrío del lector.

Mi entrañable hermano Frank solía hablar de lo feliz que se sentía cada mañana, al amanecer, cuando partía al trabajo en su camión, enfilando el con-

gestionado *expressway* miamense oyendo alto la radio, con música o dilemas políticos del momento pero libre, pensando, como prioridad, en el bienestar de los suyos, que hoy honran puntualmente su legado.

Las columnas manifiestan también esa felicidad que ha sido nuestro blasón en una segunda oportunidad sobre la tierra.

Mis padres nos enseñaron que la patria estaba donde quiera que la familia estableciera morada. Los textos aquí reunidos tratan de rendir pleitesía a tan sabia y simple filosofía. Ensalzan los valores de armonía, justicia y bienestar, que estuvimos a punto de perder pero que hemos recuperado y reproducido donde quiera que conviva un cubano emancipado.

2007

CÁMARAS INDISCRETAS

No sin cierta sorpresa se constata la insistencia de agencias de prensa extranjeras laborando en La Habana en considerar el «nacimiento» del cine crítico realizado por jóvenes directores como un fenómeno social de cierta presunta nueva Cuba. Dado que el propio diario Granma publicó una breve nota ensalzando esta circunstancia como «poniendo el parche antes de que salga el grano» y el flamante Ministro de Cultura Abel Prieto también dedicara un esquivo elogio a los realizadores en una entrevista para el periódico *La Jornada*, estamos a un instante de considerar que la época de Raúl Castro será de apertura y bonanza para la libre expresión.

Una vez más queda demostrado que no pocos de estos corresponsales foráneos viven en el pueblo y no ven las casas, como afirma el sabio refrán. Los filmes inscritos en la Sexta Muestra de Jóvenes Realizadores, recientemente terminada y que ahora se vuelve a exhibir en el Centro Cultural Hispanoamericano de La Habana, los ha sorprendido fuera de base porque no han sabido hacer la tarea elemental de hurgar en el pasado reciente y averiguar de dónde sale esta generación espontánea de temerarios artistas. También les faltó una operación matemática elemental: ¿Qué aconteció en las cinco muestras anteriores?

El destape de las artes plásticas en la compleja década del ochenta que concluyó con la efigie «sagrada» de Ernesto Guevara sirviendo de alfombra en una exposición, rápidamente clausurada, y con el *performance* de otro artista defecando encima de un diario *Granma* durante la muestra *El objeto esculturado*, gesto que le costó unos meses en prisión, trajo aparejado un renacer de cineastas jóvenes sumamente críticos de la realidad circundante.

Entre los años ochenta y noventa, por ejemplo, Jorge Luis Sánchez reveló en *El Fanguito* que los marginados habían proliferado en la revolución y que

una juventud abandonada a su suerte pululaba sin rumbo por la isla como lo muestra en otro de sus documentales: *Un pedazo de mí*.

Emilio Oscar Alcalde, graduado de cine en Moscú, hizo su primer filme de ficción sobre la devastación de las aventuras bélicas africanas para la familia cubana en su filme *El encanto del regreso*, mientras Aarón Yelín se refería a la improcedencia de la educación del llamado hombre nuevo en el documental *Muy bien*.

Ni decir que Marco Antonio Abad y Jorge Crespo guardaron prisión por su obra *Un día cualquiera*, donde desafiaron la figura intocable del «Comandante en Jefe» y muchos otros de sus colegas debieron afrontar las duras consecuencias de enfocar sus cámaras a cotos vedados del paraíso proletario en franca bancarrota.

De alguna manera, estos hijos de la desazón socialista continuaban el legado de los primeros que se atrevieron a comentar asuntos inconvenientes del entorno cubano y terminaron marginados, detenidos o excomulgados en el exilio: Fausto Canel, Alberto Roldán, Fernando Villaverde, Nicolás Guillén Landrián, Néstor Almendros, Sabá Cabrera Infante, Roberto Fandiño, Sara Gómez y Orlando Jiménez Leal, entre otros realizadores debieron, en algún momento, responder por sus infidencias estéticas y conceptuales ante la intolerancia de las autoridades. No sospecharon, sin embargo, que allanaban el camino para el cine cubano del siglo XXI, mordaz y sin concesiones, realizado por alumnos del Instituto Superior de Arte, principalmente, y de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños.

La decadencia del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos, el legendario ICAIC, y la introducción de nuevas tecnologías, han dado impulso, sin proponérselo, a un movimiento que no comienza con la Sexta Muestra de Jóvenes Realizadores este año sino que viene evolucionando de manera cautelosa pero segura y ya exhibe obras de notable importancia, parte activa de la memoria no oficial y ciertamente del país.

En sus despachos recientes, la amnesia de los corresponsales asentados en Cuba obvian filmes de años anteriores de gran significación como el cortometraje *Utopía*, que en apenas unos minutos, pone en solfa de modo cruento la cacareada idea del país más educado del mundo; el documental *Existen*, donde locos ilustres de La Habana dan soluciones para la debacle cubana actual con más lucidez que los perturbados mentales que mal conducen su destino y *De buzos, leones y tanqueros*, donde criollos de toda índole social hurgan en los latones de basura para su desesperado sustento.

Desde foros que los antecedieron, hasta las seis muestras de jóvenes realizadores en este milenio que recién comienza, los nuevos directores del cine

cubano, que no son pocos y aislados, sino un grupo considerable de talentosos y valientes artistas, están documentando para el futuro la historia de una infamia que no cesa. En esta orilla del drama cubano, que es Miami, ya han sido justamente reconocidos en diversos medios de prensa. Ahora reciben el beneplácito tardío pero oportuno de las agencias de prensa que funcionan dentro de la isla, una conveniente internacionalización que los protegerá de tenebrosas e insospechadas consecuencias.

Por otra parte, informaciones llegadas de La Habana hablan de un plan del gobierno para invitar a un grupo de estos realizadores a una gira por zonas empobrecidas de América Latina y puedan aprender, de primera mano, que Cuba no es un caso aislado en el contexto del subdesarrollo continental. Otros mensajes más subrepticios de la misma procedencia, dicen que los artistas darán gustosos los viajes pero no cejarán en su empeño de reflejar, con sus cámaras indiscretas, la decadencia del edén socialista heredado de sus mayores.

2008

COMO UNA PIEDRA RODANTE

Entre las circunstancias provocadas por los desafueros de la dictadura de Castro, habría que estudiar en la historia de la cultura contemporánea cubana, el porqué de la manifiesta obsesión por el grupo británico los Beatles, sobre todo entre los escritores de la isla.

Una primera aproximación pudiera derivar del hecho de haber sido prohibidos en los medios de comunicación cuando estaban en el pináculo lo de su carrera y, como es sabido, lo vedado siempre resulta sumamente atractivo, sobre todo cuando responde a una medida sin fundamento, otro disparate del «censor en jefe».

Con un poco más de astucia y menos arrogancia, los Beatles y no los epítomes que debimos sufrir en Cuba por esa época: grupos españoles y mexicanos que trataban desesperadamente de emularlos, hubieran servido los despropósitos ideológicos de la dictadura. Siendo los niños buenos del rock, en contraposición a los malos Rolling Stones, coincidieron, en no pocas ocasiones, con el anticapitalismo del discurso oficial cubano.

Cierta vez pidieron a los ricos que asistían a uno de sus conciertos que se limitaran a tintinear sus joyas en vez de aplaudir y se mofaron de Jesucristo afirmando que eran más famosos que el Mesías. Ni decir que el más político y majadero de los talentosos cuatro de Liverpool, John Lennon, se hizo de una sólida carrera política en la arena pacifista y sus pasos fueron rigurosamente vigilados por el FBI, como se supo años después.

Los Beatles pudieron haber sido aliados del gobierno castrista si no hubiera sido por el rock, música siempre sospechosa de infidencia para el comunismo; algún que otro consumo de droga, ingenuas e impecables melenitas a lo «príncipe valiente» y pantalones ajustados como patas de grullas, conceptos que nunca fueron del agrado del severo dictador.

El sistema no supo sobreponerse a esas limitaciones y correspondió a algunos escritores y artistas cubanos alimentar el mito del conjunto británico aún sin comprender el idioma inglés y muchos de los guiños culturales escondidos en sus poéticos textos.

Es una tarea pendiente revelar el menoscabo que la fascinación por los Beatles ha provocado en alguna zona de la literatura cubana, por simular una artimaña de vanguardia cuando en realidad se alude a un legado pop, libre de riesgos, decorativo, casi pequeño burgués, al decir de los agobiantes preceptos marxistas.

The Beatles acabaron vaciados de contenido en una operación mojigata: el desafío nudista y «empericado» de Lennon fue vestido, sentado en un parque habanero en forma de estatua y encomiado por su propio inquisidor tropical en ceremonia pública; los intelectuales les dispensan un extemporáneo evento teórico anual como en ningún otro lugar del mundo y Paul McCartney terminó haciendo un viaje discreto a la calle Heredia en Santiago de Cuba para elogiar a los viejos soneros de la Casa de la Trova.

Todo esto pensaba, deslumbrado, durante dos horas ante el reciente estreno del documental *Shine a Light*, concierto de los Rolling Stones en el teatro Beacon de Nueva York, registrado por 18 cámaras, operadas por los más famosos directores de fotografía, bajo la dirección del genio Martin Scorsese.

Sentado junto a mi hijo de once años, quien, sumamente concentrado en la experiencia, solo movía una de sus piernas siguiendo el ritmo contagioso de la banda de rock más famosa de todos los tiempos, integrada por sexagenarios que son el compendio de la libertad, me di cuenta, tal vez con algún retraso en mi cronología de afectos, que la sola presencia desafiante de los Stones resulta suficiente para desacreditar todos los eufemismos esgrimidos por la naturaleza totalitaria.

Tal vez sin proponérselo, Scorsese ha logrado filmar el libre albedrío en su forma menos contaminada y en el intento nos ha proporcionado el deseo secreto de ser músicos de rock por un día, tanta es la cercanía y la identificación que logra con sus protagonistas mediante los artilugios del cine.

Hoy me parece que mejor le hubiera ido a ciertos creadores cubanos patrocinando el desparpajo y los principios de los Rolling Stones que nunca se han dejado manipular por tendencias políticas al uso y mucho menos por castraciones a su libertad de expresión y comportamiento.

Los apergaminados músicos proporcionan diversión a granel y han hecho lo que les ha venido en gana durante las últimas cuatro décadas de su reino, sin jubilación anunciada en el horizonte, algo que echan mucho de menos los intelectuales cubanos durante el mismo período de tiempo atrapados en un mundo de imposiciones, temor y sobrevivencia.

AUSENCIA QUIERE DECIR OLVIDO

Me cuenta un amigo llegado de La Habana que está ocurriendo lo que no pocos presumían: con su desaparición física del ruedo político, Fidel Castro ha adelantado el olvido a donde algún día lo confinará definitivamente la historia. Dice que nadie lo menciona en medio de las tribulaciones del diario vivir y su invisibilidad se ha vuelto una suerte de alivio luego de cincuenta años de presencia omnímoda. La muerte tal vez hubiera detenido esta justa operación de ablución espiritual donde cada día que pasa las personas comunes y corrientes se desprenden de una mala memoria de su paso triturador por la isla.

Es ciertamente un respiro que el pueblo cubano pueda disponer de su tiempo libre y encender el televisor luego de la transmisión de la Mesa Redonda y escapar en alas de las telenovelas sin la eventualidad perenne de un discurso entrometido de Castro de cuatro o seis horas, donde la vida solía quedar en vilo en espera de sus mensajes mesiánicos. Si algo se puede agradecer al nuevo Castro en el poder es su apatía para convocar a las masas cada vez que el «espíritu combativo» es puesto en solfa, lo cual está ocurriendo cada vez con más frecuencia.

Así como los carteles murales llamando a la combatividad y lealtad a la revolución se van destiñendo y deteriorando por falta de mantenimiento y la crispada campaña «Batalla de Ideas», implementada luego de los acontecimientos caóticos del retorno del niño Elián a Cuba, ya no dicta ninguna pauta a seguir por esa falta de «fijador» y seguimiento que tiene el socialismo caribeño, sobre todo sin su atribulado motor principal el comandante y ministro omnisciente. El sano olvido extiende su manto de cordura sobre un pueblo empachado de consignas y convocatorias huecas.

El cubano aboga, justamente, por un poco de levedad y sosiego luego de tanta rigidez y grisura esclava. Las antenas de televisión apuntando a progra-

maciones alternativas que solían ser desmanteladas por los agentes del orden cada vez que oteaban el horizonte, ahora se instalan en el interior de las casas en unos artilugios que emulan con escenas de la más sofisticada ciencia ficción. Curiosamente ya no buscan canales en inglés, como hace algunos años, sino que sintonizan las estaciones locales en español de Miami, gusto que comparten con sus compatriotas exiliados. Paradójicamente y a pesar de tantos obstáculos, durante las noches, las dos Cubas suelen integrar una patria virtual en las ondas hertzianas.

Tal vez el capítulo más curioso de esta disolución paulatina de la revolución sucede en el lugar donde está refugiado el dictador. Una fuente cercana asegura que se trata de la versión cubana del excelente filme alemán *Good Bye Lenin!*, mostrado en Cuba apresuradamente durante un festival de cine, donde un hijo reproduce para su madre militante que ha salido de un coma luego de la caída del Muro de Berlín, el sistema socialista en los estrechos límites de su habitación de convaleciente para que no muera del corazón con la buena nueva.

Algo similar le han diseñado a Castro. Sus diligentes asistentes le escogen los cables con noticias alentadoras para la izquierda internacional, le hablan de las magníficas ventas de su libro de memorias y de los planes agrícolas que sobrepasan todos los pronósticos. Su hermano le deja saber lo que le conviene y nadie que vaya a perturbar su limbo comunista es autorizado a visitarlo, principalmente su sobrina Mariela con tan libertina obsesión por travestis y homosexuales.

Tiene un reproductor de DVD donde disfruta de los clásicos del oeste norteamericano, su género cinematográfico predilecto, y dos televisores alimentados con noticias fatídicas del capitalismo e imágenes placenteras del pueblo que lo adora y espera por su regreso. Aunque dicta sus llamadas reflexiones por sugerencias de un paje que apenas se mueve de la habitación, se mantiene encendida una computadora que no sabe manipular y también está controlada por un servidor que impide la entrada de información inconveniente.

Así transcurren los días finales de Castro y su engendro social de casi medio siglo. Los primeros versos de cierta vieja canción de amor parecen prefigurar los deseos del pueblo antes de que caiga el telón: «Ausencia quiere decir olvido, decir tinieblas, decir jamás...».

DOS GUEVARAS PARA TI

Hubo un tiempo en que Alfredo Guevara, el presidente fundador del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC) debió tomar el camino del exilio revolucionario en París, al frente de la representación diplomática del gobierno cubano ante los organismos de la UNESCO, luego de la controversia provocada por la producción y estreno del filme *Cecilia* (1982), versión libérrima de la novela de Cirilo Villaverde llevada a la pantalla por Humberto Solás y trucidada, en bloque, por la crítica de cine oficial que no solo cuestionaba el gasto cuantioso de la superproducción, sino las libertades que el director se había tomado con la más importante novela del siglo XIX cubano.

Una histórica amistad con el poder lo había eximido hasta ese momento de pagar con su importante puesto político otros desaciertos que habían incomodado, involuntariamente, a su apreciado Comandante en Jefe.

Recuerdo haberlo escuchado decir, poco antes de grabarle una entrevista para la televisión, que había padecido, estoicamente, la cruel indiferencia de Fidel Castro durante esos años hasta que en una fiesta de cumpleaños celebrada en Casa de las Américas, el astuto dictador le volvió a dirigir la palabra para decirle que su secretario Chomy (Miyar), lo llamaría para tratar un asunto urgente. Fue el momento en que lo quería de vuelta al frente del cine para que solucionara la crisis provocada por el estreno de *Alicia en el pueblo de Maravillas* (1991).

También lo vi, ensimismado, tratando de convencer al famoso cineasta Costa Gavras, el mismo que elogiaron en Cuba por su film *Z*, sobre una dictadura de derecha, y luego prohibieron por *La confesión*, sobre los procesos stalinistas, para que realizara un filme sobre la llamada Operación Mangoose, intento temprano y fallido de la CIA encaminado a cambiarle el estado de salud a Castro. Para tal encomienda le prometía acceso a los archivos del Mi-

nisterio del Interior así como el asesoramiento del General Fabián Escalante, tenebroso personero de la contrainteligencia de la isla quien estuvo al tanto de estas intrigas de la Guerra Fría. Todo parece indicar que Gavras, inteligentemente, declinó tal honor.

Además de ser uno de los primeros marxistas cubanos devotos de Castro, pues a otros les tomó algún tiempo descifrar quién era el jefe, Guevara no solo se ocupó de crear un instituto de cine que coqueteara con la intelectualidad internacional de izquierda sino que, tras bambalinas, ejerció muchas otras responsabilidades gubernamentales como atender asuntos relativos a Estados Unidos y colaborar en la redacción de no pocas de las primeras leyes revolucionarias.

Ahora Alfredo Guevara vuelve por sus fueros mediáticos a propósito de los dos filmes que Steven Soderberg ha dedicado a la controvertida figura de Ernesto «Che» Guevara. «Si tiene un ataque a Fidel, no viene» ha dicho, rotundo, en otro de sus bríos censores, a propósito de que la saga cinematográfica de cuatro horas y media sea presentada por sus productores a la trigésimo tercera edición del Festival del Nuevo Cine Latinoamericano el próximo mes de diciembre en La Habana.

El argentino y *Guerrilla*, solamente se han exhibido en el pasado Festival de Cannes donde obtuvieron, en conjunto, el premio de actuación por el desempeño del actor Benicio del Toro, quien encarna al Che.

Tanto Soderberg como el intérprete, de origen puertorriqueño, han insistido en la necesidad de obtener la bendición de Fidel Castro para el buen desempeño del filme en los mercados del mundo, donde aún no cuenta con distribución.

Como artistas que se desenvuelven en total libertad, al parecer, no tenían idea de que en Cuba existen «divinos guiones» con respecto a figuras y capítulos de la revolución de Castro que no pueden ser puestos en solfa y como Guevara (Alfredo) piensa que la libre expresión tiene ciertos límites, ha dicho que Soderberg pudo haberse confundido con tantas fuentes de información y que no aceptará jamás la deformación de la historia, ni será cómplice de algo semejante.

Daniel Alarcón (Benigno), uno de los guerrilleros sobrevivientes de la debacle en Bolivia, apuntó en el documental, *Benigno, adiós a la revolución* (2005), que cuando llegaron a Vallegrande nadie los estaba esperando con la logística prometida y sintieron que habían sido enviados a un fracaso seguro. También dice que se quedaron esperando desde La Habana una suerte de llave para poder enviar, y no solo recibir, mensajes desde la isla mediante un aparato de radio habilitado al efecto.

Recientemente, el joven director cubano Aram Vidal fue a Bolivia para testimoniar la ayuda del gobierno de Castro (Raúl) en la campaña de alfabetización y aprovechó su estancia haciendo una visita a Vallegrande. Regresó con un revelador documental titulado *XXXX años después*, donde pobladores de todas las generaciones desestiman y hasta rechazan la intervención «comunista» de Guevara (Ernesto) en su tranquilo paraje.

Guevara (Alfredo) confiesa no haber visto los filmes de Soderberg y parece que tampoco los documentales mencionados, pero alguien le ha alertado sobre el hecho de que los personajes del Che y Fidel Castro no comparten una relación placentera en la historia, algo parecido a lo que adelantó Benigno desde su exilio parísino.

Soderberg y del Toro, simpatizantes del proceso revolucionario cubano, se ven ante la disyuntiva de reformular su épica guevariana o no ir a La Habana, mientras Guevara (Alfredo) bien pudiera pedirle a Jorge Perugorría, quien desempeña el papel de Joaquín en la película, otro de los guerrilleros de la partida del Che, que le cuente si es verdad que estos americanos han vuelto a tergiversar la especulativa amistad entre el hoy convaleciente dictador y su fracasado agente exportador de revolución.

BREVE VISITA DE SOLZHENITSEN A CUBA

En los atribulados años ochenta, el escritor Manuel Cofiño (*La última mujer y el próximo combate*) me confió en baja voz y con cierto temor, que había sostenido una conversación con el poeta ruso Evgueni Evstushenko, a la sazón de visita en Cuba, y que él hombre seguía siendo sumamente crítico del socialismo. Pocos días después pude atestiguarlo, de primera mano, cuando lo entrevisté para una revista y no pocas de sus respuestas quedaron fuera de la publicación.

Luego de un diferendo con Nicolás Guillén, que lo alejó de la isla durante mucho tiempo, Evstushenko se tropezó con el Ministro de Cultura Armando Hart en Nicaragua y se quejó de que no había vuelto a ser invitado a Cuba. Hart lo animó a la visita, no sin antes hacer los arreglos pertinentes para que la Seguridad del Estado tomara cartas en el asunto. Se cuenta que el difunto Cofiño era la cara más amable de la atención que le dispensó la policía política.

Acostumbrado a leer sus poemas ante multitudes, el escritor debió conformarse con un recital, rigurosamente vigilado, para los obreros de la fábrica Amistad Cubano Soviética. En el 2006 regresó a La Habana, invitado a un encuentro de poetas, recordó a Yuri Gagarin y alabó «la derrota del imperialismo en las playas de Girón», lo cual parece haberle granjeado la confianza perdida de los suspicaces comisarios.

No todos los escritores rusos, sin embargo, han merecido la misma pleiteía. Alexander Solzhenitsin, murió sin ser redimido y el diario *Granma*, órgano oficial del Partido Comunista de Cuba, lo despachó en un sucinto obituario de sesenta y tantas palabras donde todavía hubo espacio para denostarlo. Nada extraño a los designios de la publicación que, en su momento, dedicara similar cantidad de palabras para despedir a José Lezama Lima y a Virgilio Piñera, rescatados muchos años después en lo que se conoce como una infame operación de «tumbas blanqueadas».

Para hacer honor a la verdad, el conocimiento, muy parcial, de la literatura de Solzhenitsin en Cuba se debe a los buenos oficios del ensayista Ambrosio Fornet en su labor de editor durante los años sesenta. En un momento de aparente apertura, poco antes de que el caso Padilla hiciera apretar las tuercas de la represión, fue cuando el Instituto del Libro acogió su idea de fundar una serie editorial, de primorosos libros de bolsillo, diseñados en su gran mayoría por el pintor Raúl Martínez, bajo el criollo título de Cocuyo. La selección inicial no pudo ser mejor para el lector cubano que entró en contacto con los más grandes escritores contemporáneos de Europa y Estados Unidos.

Aunque luego Fornet devino aliado de causas menos loables poniendo su inteligencia al servicio de las postrimerías de la dictadura que alguna vez cuestionó con sus gestos culturales, lo cierto es que el primer libro publicado por Cocuyo fue *Un día en la vida de Iván Denisovich*. Novela breve, autobiográfica en no pocos sentidos y crítica de los desatinos estalinistas, algunos cubanos la leyeron temiendo la predestinación de su espeluznante argumento, mientras otros pensaban que el socialismo con pachanga nunca llegaría a los extremos descritos por el patriarca literario ruso. En algún momento, ambos criterios se cruzaron en el camino dando como resultado el engendro castrista que ya dura medio siglo.

Con la llegada de Leonid Brezhnev al poder en la Unión Soviética de 1964 y el establecimiento de una mayor alianza con el gobierno de Cuba, el destino de Solzhenitsin quedó sellado para el público de la isla. Nunca más se supo de él y cuando alguna noticia circulaba sobre su persona venía amparada por la desidia y la distorsión del periodismo salido del llamado campo socialista, donde el gran escritor pasó a ser un paria entre sus lectores naturales.

Fue así como los libros de Solzhenitsin, llegados subrepticamente al país, pasaron a integrar la digna lista de autores prohibidos que circulaban enfundados en portadas de la revista *Bohemia*. Aunque me consta que en la oficina del burócrata que dirigía el Instituto del Libro, hoy devenido escritor de mamotretos que quieren ser novelas históricas, descansaban en sus libreros, vistosas ediciones en español de *Pabellón del cáncer* y *El archipiélago Gulag*.

Luego de veinte años de exilio forzado, Solzhenitsin murió en su casa como era su deseo, según dio a conocer la viuda. En vida recibió todos los homenajes y redenciones posibles. Tanto Gorbachev como Putin lo consideran un héroe de su tiempo por haberse enfrentado al fascismo, el estalinismo y al llamado capitalismo salvaje. Fue profeta en su tierra.

Mientras tanto, Lezama y Piñera, homólogos cubanos sin la temeraria vocación del ruso, esperan por el perdón oficial del gobierno que los hundió en el abismo del miedo y la intransigencia.

EL GENERAL EN SU LABERINTO

Los amaneceres no son muy apacibles en el espacioso apartamento que el General Raúl Castro comparte con su familia en lo que fuera la vistosa Avenida 26 del Nuevo Vedado. Las hijas, sus asistentes y el servicio doméstico tratan de no importunarlo cuando la cubertería es prolijamente dispuesta para el desayuno que prefiere frugal con tostadas, jugo de naranja y alguna mermelada. El zumbido del aire acondicionado sustituye cualquier otro sonido no autorizado en su celosa privacidad.

Le ha solicitado con urgencia a cada ministro, dependencia partidista y altos mandos del ejército soluciones impostergables para paliar la tragedia desencadenada por los impertinentes huracanes que han detenido, abruptamente, el buen curso de sus calibradas reformas. Cuando ya había logrado una eventual invisibilidad, delegando funciones del gobierno a sus más ambiciosos adláteres, se siente impelido a figurar en algún que otro evento vinculado a la destrucción causada por las tempestades para cumplir con los disparatados reclamos de su hermano, el escribiente, y para que el pueblo lo imagine interesado en los destinos inciertos del país.

Nada está saliendo bien. Hasta Juanita, la hermana exiliada, quien había mantenido meses de discreto silencio, ahora vuelve a imprecarlo mediante la prensa enemiga para que facilite, de modo expedito, el tránsito de la ayuda que Cuba precisa de los Estados Unidos.

Menos mal que Mariela, la hija más visible y locuaz, ha pactado una tregua en su cruzada mediática por la comunidad gay cubana. Hace días que no se atreve a mencionarle el dichoso tema.

El hermano tampoco colabora mucho con sus erráticas redacciones. En una, cita textualmente la carta de un tal Kcho, reconocido artista y parlamentario por la Isla de la Juventud, que le escribe de cómo el pueblo caerá en una

depresión insondable cuando descubra que salvó la vida para no encontrar alientes de la propia vida en un páramo devastado por la tormenta. Y en otra acotación incluida al comienzo de una carta dirigida a Randy Alonso de La Mesa Redonda, el convaleciente explica que la destrucción y el esfuerzo por menguarlo no han podido ser vistos por millones de cubanos que no tienen ni tendrán servicio eléctrico. Serán los desvaríos de la enfermedad o se trata de una sutil conspiración para hacerlo lucir peor.

Tanto Raúl como su hermano suelen pensar que los artistas son gente complicada y sin los pies sobre la tierra. No ha terminado el desayuno cuando abre el file con los paliativos para la catástrofe y se encuentra con un proyecto de Abel Prieto, Ministro de Cultura, quien propone el envío de una brigada cultural a las zonas más golpeadas, empezando por Pinar del Río, de donde es oriundo. Esto se parece a la gira de Silvio (Rodríguez) por las prisiones. Para este nuevo plan, los cantautores Amaury Pérez y Vicente Feliú hablan de manera descabellada sobre las virtudes del arte como sanación del alma cuando el mundo se viene abajo, desde sus cómodos hogares habaneros, abundantes en parafernalia capitalista traída de sus numerosos viajes al exterior.

¿Pero acaso no fue el propio Marx quien abogaba primero por el pan antes de abrirle el camino a la justicia y a la cultura? Estos trovadores se han creído lo del arte como arma de la revolución y en vez de enviar sacos de arroz, reclutan poetas y a falta de frijoles tendrán una orquesta de cámara sobre el lodazal perpetrando a Debussy.

El General piensa que cuando amaine la atención de la prensa internacional y Cuba vuelva a quedar sola con sus asuntos, como debe ser, las aguas rebosadas regresarán a su cauce y se harán muchas promesas, como siempre, y ganará más tiempo que es lo que necesita para tratar de dilucidar el rompecabezas heredado de su pariente

Tal vez tienen razón los artistas, mientras las famosas reservas de alimentos del estado se desvanecen, las espirituales se reproducen y enriquecen el alma. Un poco de humor y guitarra hará que este capítulo concluya y él podrá seguir, reclusivo, convenciendo al mundo de su programa de reformas.

PARAISO

El director de cine cubanoamericano León Ichaso convocó a un grupo de amigos para una proyección de su filme *Paraíso*, todavía en proceso de terminación pero prematuramente desbordante de una fotogenia que sustrae el resuello desde el primer fotograma.

No quería un festival de patadas, dijo enfático al comienzo de la especial ocasión. Nos había citado porque necesitaba opiniones constructivas, bien intencionadas, que contribuyeran, de algún modo, a pulir las aristas o ajustar los cabos de su urticante película.

Dijo que *Paraíso* terminaba la trilogía que ha consumado sobre la circunstancia cubana, siendo *El Super* (1979), la primera y *Azúcar amarga* (1996) la segunda. Cualquier otra, aseguró, será realizada en una Cuba libre por la cual siente una marcada ansiedad de exploración. En el ínterin, su cinematografía, dedicada a la isla, realizada con magros recursos pero ejemplar perseverancia, lo ha anclado a la nacionalidad aplazada de modo casi feroz.

Ichaso ostenta reconocidos créditos en la competitiva industria cinematográfica y televisiva de Hollywood que le permitirían soslayar el quemante tema de su país de origen, tan expuesto a la incompreensión, la disyuntiva y hasta el rechazo en ese medio mercantil de glamour y frivolidad. Ya se sabe lo que ha sido Cuba para el cine comercial norteamericano e incluso para unos pocos intentos fuera del sistema: un manajo de filmes condescendientes, en los peores casos, de la dictadura de los Castros y, en los mejores, caricaturas y estereotipos usurpando verdades y sondeos algo más profundos.

Uno de los valores de Ichaso como artista cubano exiliado es el de no categorizar o excluir a sus congéneres por orden de llegada o expediente político. En el reparto de su nuevo filme, por momentos *thriller* o historia de horror, los protagónicos se reparten entre actores recién llegados a estas

costas, los cuales imprimen una autenticidad casi documental a la hora de decir y gestualizar.

El grupo integrado, entre otros, por Adrián Mas, Tamara Melián Ariel Texido, Miguel Gutiérrez y Lily Rentería dan cuenta de sus variados y complejos personajes cubano—miamenses con una convicción deslumbrante. Todos cómplices de un director que los consulta a cualquier hora del día y de la noche sobre el proceso creativo y los insta a improvisar y participar en una experiencia conocida que les pertenece por derecho propio.

Del argumento solo es dable apuntar que aborda la llegada de un balseiro joven y apuesto, quien viene en busca de su padre, una figura importante de la radio local. Ambos son dos lobos solitarios que han debido sobrevivir, con máscaras y artimañas, los obstáculos de vidas quebradas por represiones y desplazamientos involuntarios. Los dos medirán sus fuerzas y terminarán devastados en el intento.

Ichaso logra bajarle el humo hedonista y arrogante a cierto estamento de la sociedad miamense y por momentos nos devuelve una imagen, casi desconocida, que recuerda algunos sitios apabullados de Nueva York donde recibió, de muy joven, su intensa educación sentimental.

La visualidad y composición enervantes del filme, sello que distingue el cine del director, se refiere en blanco y negro y en colores, como retazos de pesadilla. Por momentos, es la visión de un poeta maldito; en esencia, la crónica del llamado «hombre nuevo» cuando escapa del «paraíso proletario» en busca de otra tierra prometida, que apenas entiende, y trata de doblegar con su formación marginal. *Paraíso* es un shock cultural en pantalla, pródigo en chispazos reflexivos e hirientes, acápite de la tarea pendiente de un país que espera por la apremiante reconstrucción material y espiritual.

BATALLAS DEL INFANTE

La primera vez que di con él fue en una adorable librería de viejos en La Habana de sus sueños, esos santuarios inconscientes de democracia donde todavía la censura no había dejado su marca indeleble y existía la posibilidad de encontrar, en desordenadas estanterías, títulos y autores que ya no eran del beneplácito editorial oficial, donde todo se depuraba con saña y premura.

Un oficio del siglo XX, primorosamente publicado por Ediciones R, con las críticas de cine de un tal G. Caín, alter ego de Guillermo Cabrera Infante, me puso en contacto con la más acerada, burlona y desenfada prosa cubana. También me reveló el comentario cinematográfico como disquisición estética.

En medio de la grisura socialista que ya encapotaba la festividad insular, encontrar a un escritor popular y sofisticado, con una expresión de libertad envidiable, me hizo indagar los pormenores de lo que ya se erigía como leyenda.

Rápidamente supe que Guillermo Cabrera Infante era persona non grata en Cuba, su país de origen. Uno de los intelectuales más vilipendiados por el régimen, que nunca ha tenido una pizca de buen humor en su aproximación a la realidad, algo que le sobraba al escritor, hombre ciertamente bizarro.

La segunda vez que me encontré con él fue en alas de una novela deslumbrante que debíamos pasarnos de mano en mano con la cubierta conveniente forrada para esquivar los diligentes informantes. Tres tristes tigres provocó infartos y zozobra entre los amanuenses de la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba), quienes habían apostado a la disolución del autor lejos de La Habana, su musa constante.

Con la aparición de la novela se instaló un paradigma en la literatura hispanoamericana al margen del manoseado «boom». Desde entonces, la policía política sabía que debía redoblar su esfuerzo para desacreditar el portador de tanta cubanidad hecha arte universal y se dio a la tarea de obstaculizar cualquier intento mundial por legitimarlo.

En la isla fue borrado con alevosía de publicaciones, diccionarios y otras consultas bibliográficas. No tuvo ficha en la Biblioteca Nacional durante mucho tiempo y pobre del alumno que se le ocurriera estudiarlo en una universidad donde no figuraba en los planes académicos.

Antiguos colegas fueron reclutados para desmontar su prestigio contando chismes personales de su pasado como comadres rencorosas. El Ministro de Cultura, con toda la autoridad de su rango, tuvo la osadía de salvar para la posteridad una de sus novelas y desestimó el resto de un cuerpo literario ejemplar del siglo XX.

La tercera vez que lo vi, ya con buena parte de su bibliografía en mi haber, fue casi un encuentro cercano del tercer tipo. En el escenario del proverbial teatro Olympia, disertaba sobre el cineasta Abbas Kiarostami, antes de proyectarse uno de los filmes del prestigioso artista iraní en el Festival Internacional de Cine de Miami.

Pocos años después, volvió a cruzar el Atlántico y devino el invitado estelar de la Feria Internacional del Libro de Miami. La noche memorable de su comparecencia fue presentado por Reinaldo Bragado, quien aprovechó la ocasión para regalarle un texto donde quiso simular su inimitable estilo. No puedo olvidar la dicha de un poeta amigo cubano, quien a la sazón se encontraba de visita en la ciudad y tuvo la suerte de ver disertar, en persona, un escritor invisible para sus coterráneos en la isla, como había afirmado Bragado.

Al día siguiente me tocó en suerte acompañar al novelista a un almuerzo informal. Al encuentro, que fue en una cafetería del centro comercial Bayside, concurrí uno de los más importantes poetas españoles contemporáneos, también invitado al evento, y todo parecía una fiesta hasta que salió a relucir el tema de Cuba.

Al parecer el poeta ibérico había coqueteado con representantes oficiales de la cultura cubana y Cabrera Infante se lo mencionó en uno de sus originales juegos de palabras a lo cual el otro respondió airado que no empleara su literatura para regañarlo. Y la discusión se fue acalorando y alguno que otro comensal miraba con curiosidad y recelo aquella escena de dos atildados señores debatiendo con ahínco, casi hasta los puñetazos. Nunca olvidaré la picardía y el brillo de los ojos de Cabrera Infante, atacando con el sable de su verbo implacable, defendiendo, como siempre, su postura anticastrista sin concesiones.

Pero la sangre no llegó al río, los ánimos se calmaron y todos regresamos en silencio a los predios de la Feria, donde este año Guillermo Cabrera Infante vuelve a tener una cita con sus lectores naturales cuando su compañera de toda la vida, la actriz Miriam Gómez, presente la primera de sus novelas inéditas, *La ninfa inconstante*, en una velada que promete ser memorable, animada por Nat Chediak, entrañable amigo de la familia Infante.

ACTUAR EL CHE

El actor se siente indispuerto con una tremenda resaca luego de la fiesta que siguió el estreno de su película sobre el Che. Ya le ha tocado celebrar en varias ocasiones rodeado de un glamour inimaginable para el guerrillero que fue ultimado solo y abandonado por su mentor en la intrincada geografía boliviana hace cuarenta años.

Ahora repara en una mujer de cuerpo imponente que ha amanecido, desnuda, junto a él en la cama. Trata de alcanzar el Blackberry y se da cuenta que olvidó cargar la batería y se siente un poco como su nuevo alter ego cinematográfico, sin comunicación posible en la jungla de Hollywood. Reclama por ayuda a la criada, y entra a la habitación una mexicana silenciosa que lo ayuda a incorporarse y le trae un café que no ha tenido que pedir.

Qué diría Ernesto Guevara de la Serna de su estilo de vida, de este derroche incontrolable. Aquel hombre austero que luchó, denodadamente, contra la diferencia de clases y llegó hasta fusilar para hacer cumplir su evangelio.

Siente una suerte de cargo de conciencia tratando de hacer dinero con una figura histórica que llegó a abogar por la eliminación de pesos y monedas en las transacciones diarias de aquella isla a donde fue a parar imbuido por ideales de igualdad. El estímulo moral por encima del material. Pero no queda otro remedio, tiene que recuperar su inversión. El director lo convenció de que apostara dinero propio en la empresa y luego lo recuperaría por seguro. Así que todos los esfuerzos en ese sentido son legítimos.

Una pesquisa preliminar en el Internet le reveló que se trata de un ícono rentable. Le dio vergüenza constatar hasta la existencia de ropa interior con la famosa foto de Korda impresa tanto en la parte de alante como en la que corresponde a las nalgas. De hecho, la modelo que ahora yace en su cama la tiene tatuada en la ingle. Pero esa circunstancia es perdonable porque el Che

parece haber sido bastante seductor. Hasta la selva boliviana lo siguió la joven alemana Tamara Bunke, Tania la Guerrillera, quien también fue cruelmente diezmada por la CIA.

Tengo que cuidarme de las suspicacias de la prensa. Estoy concediendo entrevistas en todos los medios y algunos amigos me dicen que trato de defender lo indefendible, que una cosa es la imagen ensoñadora con la boina y la estrella y otra es el hombre que abogaba por crear «dos, tres, muchos vietnams», un promotor del cambio social mediante la violencia. Me parece exagerado relacionar al Che con Los Macheteros en mi país de origen, los guerrilleros colombianos y los Montoneros en su Argentina natal, entre otros luchadores por la libertad.

Eso sí, gracias a su legado, varios presidentes latinoamericanos se enfrentan hoy a la arrogancia imperial de los Estados Unidos. El indio Evo Morales le debe al Che su presidencia, no queda duda al respecto.

Por suerte ya se van despejando algunas incógnitas. Otro Guevara, el de La Habana, ya dio, finalmente, su visto bueno para que los filmes se exhiban en el Festival del Nuevo Cine Latinoamericano. Debe haber consultado con el Castro convaleciente. Hubiera sido lamentable esa prohibición, más leña al fuego de la controversia. Lo cual no es del todo negativo en términos de publicidad pero es mejor que Cuba sea tolerante porque parece que su contraparte o sea Miami, nos va a dar un *hard time*.

Educaremos a esos cubanos. Por momentos se olvidan que viven en una democracia. Estrenamos los filmes y luego hacemos la fiesta de rigor para que todos rindan pleitesía al Guerrillero Heroico en la boca del lobo.

Qué empecinamiento, cuántos libros y documentales tratando de desacreditar a un Quijote que abandonó sus comodidades de gobierno para luchar por el bien común en las peores de las circunstancias y fue traicionado por muchos de sus congéneres y luego cazado como un animal. Pero su lucha no fue en vano, la revolución socialista que se expandiría desde Bolivia al resto de los países colindantes ya está ocurriendo.

Confieso que no sé mucho de política. Tengo entendido que los cubanos son felices en su isla con el mismo gobierno por medio siglo. Sistema que el Che ayudó a implantar a sangre y fuego, como son las gestas históricas auténticas. Estás películas me han enseñado mucho. Ya no seré la misma persona.

Ahora me apresto a dar la batalla en Miami por la dignidad de un gran hombre. «Teresa —le dice a su criada— prepárame el *tuxedo* Armani que estrené en Cannes cuando me premiaron por interpretar el Che y revísame el pasaje a ver si es primera clase, por favor».

COSECHA ROJA

Luego de afirmar que ofender a Fidel Castro era recriminar a Cuba, en el momento más oscuro de su enfermedad, dicen que Tomás Gutiérrez Alea blasfemaba contra el dictador que lo mantuvo en vilo durante buena parte de su destacada carrera cinematográfica, incluso después de muerto.

Se acerca la efemérides de medio siglo de miedo y desplantes con intelectuales y artistas cubanos. El hombre que ahora convalece de no se sabe qué enfermedad, ha sido y es indiferentemente despiadado con los representantes de la cultura cubana y casi nadie, incluso los que escaparon al exilio, han podido esquivar su oscuro sortilegio.

José Lezama Lima y Raúl Hernández Novás, dos poetas insaciables, penaron por una buena comida hasta los momentos finales de su vida, mientras los miembros de la nomenclatura recibían, durante la prohibida Navidad, unas cestas abundantes en productos españoles y otros delicatesen.

El Maestro de Trocadero 162 le habló de añoradas croquetas a Julio Cortázar, quien sin vergüenza y olvido siguió apoyando al castrismo, en lo que su amigo debía sufrir la violación de su correspondencia privada y el acoso de un médico y un mediocre editor que lo vejaba tratando de enmendarle la plana, ambos comisionados a la infausta tarea por la policía política. Murió reivindicando oxígeno en la sala de un hospital y su obituario fue despachado en la prensa oficial con deleznable palabras.

Novás terminó descerrajándose un tiro en la cien con un revolver antiguo y oxidado después de simular infames almuerzos como empleado de Casa de las Américas en la cercana sede del Instituto de Turismo, donde le correspondía por orientaciones burocráticas. Ni sus ejemplares versos pudieron evitar que naufragara en el mar proceloso de una sociedad soliviantada que su sensibilidad se resistía a entender.

El susto le fue horadando el corazón a Virgilio Piñera. Desandaba las calles de El Vedado, jaba en ristre, cual personaje de su teatro, buscando como paliar sus frugales necesidades alimentarias. Escribía y guardaba en la gaveta que luego los personeros del Ministerio del Interior violaban a su antojo. El sueldo lo percibía traduciendo del francés y el director del Instituto del Libro, junto a otros escritores, se mofaban cruelmente de su deferencia gálica.

El espíritu burlón de René Ariza todavía nos alerta sobre el Castro que todos los cubanos llevamos dentro. El lo aprendió *the hard way*, cuando terminó en un calabozo con presos comunes por su narrativa irreverente y sarcástica donde el dictador era objeto de escarnio. Cuando el vanguardista movimiento teatral cubano fue parametrado y hecho añicos por exceso de sospechosos y afeminados, los colegas de Ariza deambulaban a la deriva, con el terror inminente de ser encausados sin culpa alguna.

Olga Andreu voló como un ave antes de estrellarse en el pavimento. Ya no soportó tanta ignominia porque Heberto Padilla se la había jugado, conjugando los más infidentes verbos en su poesía y lo hicieron olvidar el tiempo y su propia persona en las mazmorras de la Seguridad del Estado. El circo que le dispensaron a torturadores de la dictadura precedente lo reeditaron con el poeta y sus amigos, en ronda de mutuas acusaciones, para disfrute del morbo de Fidel Castro, quien desconfía totalmente de la integridad de los intelectuales y disfruta la humillación de sus enemigos.

Reinaldo Arenas fue un desconcierto desde el comienzo. Pensaron que no había guajiros homosexuales y mucho menos que contaran sus desvaríos. Lo acorralaron y le dieron caza como un animal. Cortaron por lo sano para evitar el contagio. Le colgaron el sambenito de la pederastia y lo encerraron en una celda de castigo de una vieja fortaleza colonial. No pudieron doblegarlo. Le removieron todas sus musas y diablos. Lo eternizaron con tanta malevolencia. Al quitarse la vida culpó a Fidel Castro de su liberación.

El influyente tío no fue en su ayuda cuando cayó en desgracia. Nicolás Guillén Landrián era director de cine a destiempo. Pensó que haciendo malabares con la imagen y el sonido podía obnubilar a la torpe censura para meter de contrabando su inconformidad con el statu quo. Un *enfant terrible* que cruzó varias veces la barrera de lo permisible y fue parado en seco con una temporada a la sombra y una tanda de electroshocks para amortiguar su ingenio insolente.

He aquí parte de la cosecha roja de cincuenta años de revolución. La vida de los otros que un día se abrirá como un gran archivo secreto para revelar los trasiegos de un despotismo cruento todavía agradable al paladar de cierta inconciencia mundana.

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------------|----|
| Palabras previas | 9 |
| 2007 | 11 |
| Cámaras indiscretas | 13 |
| 2008 | 17 |
| Como una piedra rodante | 19 |
| Ausencia quiere decir olvido | 21 |
| Dos Guevaras para ti | 23 |
| Breve visita de Solzhenitsen a Cuba | 26 |
| El general en su laberinto | 28 |
| Paraiso | 30 |
| Batallas del infante | 32 |
| Actuar el Che | 34 |
| Cosecha roja | 36 |
| 2009 | 39 |
| La bomba H | 41 |
| Cueca por Chile | 44 |
| Pequeñas represiones | 46 |
| Camaras diligentes | 48 |
| Torres de marfil | 50 |
| Requiem por benedetti | 52 |
| Peregrinar a miami | 55 |
| La comparsa | 57 |
| Preparativos del concierto por la paz | 60 |
| Contracultura | 62 |
| Higiene personal | 64 |
| Carlos y la danza del fuego | 66 |
| Los Beatles y la libertad | 69 |
| La conversion de Cintio Vitier | 73 |
| Insolidaridad | 75 |
| Aquí y allá | 77 |
| Vals para un millón | 80 |
| Adela y el repudio | 82 |
| Extranjero | 84 |
| 2010 | 87 |
| Primera dama | 89 |
| Van, bang en Miami | 91 |
| Educacion sexual | 93 |
| Medio siglo de cinemateca | 95 |
| La ola | 98 |

| | |
|-----------------------------|-----|
| Sin piedad | 100 |
| Willy, el comediante | 102 |
| Italia | 104 |
| Silvio, el cautivo | 106 |
| Cubano universal | 109 |
| Los sobrevivientes | 111 |
| Medio ambiente | 113 |
| Impresentables | 115 |
| Juglar de la devastación | 117 |
| Adiós a Carlos Monsiváis | 119 |
| 100 Sones cubanos | 121 |
| Resaca socialista | 123 |
| La eternidad posible | 125 |
| Elogio del pirata | 127 |
| Retazos | 129 |
| Intercambio | 131 |
| Dilema | 133 |
| Asidero | 135 |
| Grammys cubanos | 137 |
| Rey del cine independiente | 139 |
| Merolico | 141 |
| El escritor prohibido | 143 |
| Alta cultura | 145 |
| Mal humor | 147 |
| El último magnate | 149 |
| Contrastes | 152 |
| Feria del libro | 154 |
| Los retratos de Dorian Gray | 156 |
| Medio siglo y un sueño | 158 |
| El ojo del canario | 160 |
| Avispero | 162 |
| Empujones | 164 |
| 2011 | 167 |
| Deja vu | 169 |
| Casa vieja | 172 |
| Sequía | 174 |
| Cumbancha | 176 |
| De hombres y perros | 178 |
| Astucia | 180 |

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Londres o Miriam | 182 |
| París | 184 |
| Swinger a la cubana | 186 |
| Desdén | 188 |
| El precio de la libertad | 190 |
| Conga sorda | 192 |
| Ojo, pinta | 194 |
| Quintana, civilización y barbarie | 196 |
| Loa | 198 |
| Coffea arábica | 200 |
| En negro y blanco | 202 |
| Del mal comer | 204 |
| Otra vez paul | 206 |
| Los golpecitos de rosa | 208 |
| Sin lichi | 210 |
| Habanastation | 212 |
| Nigromantes | 214 |
| Una cierta mirada | 216 |
| Destino manifiesto | 218 |
| Subversión culinaria | 220 |
| El otro beatle | 222 |
| Niños y espías | 224 |
| Cambios | 226 |
| Elena y la feria del libro | 228 |
| El balluqui | 230 |
| Se aceptan donaciones | 232 |
| Fraternidad | 234 |
| Navidad verde olivo | 236 |
| 2012 | 239 |
| Fin de año | 241 |
| País disfuncional | 243 |
| Escuela fantasma | 245 |
| Arte zombie de hacer ruinas | 247 |
| El desacreditador | 249 |
| Oscar, el enemigo | 251 |
| Inferno | 253 |
| Hijos de papá | 255 |
| El nuevo cubano | 257 |
| Una Biblia del séptimo arte | 259 |

| | |
|----------------------------|-----|
| Salvados | 261 |
| G2 | 263 |
| El arte de la fuga | 265 |
| Cataclismo | 267 |
| Cuba paradójica | 269 |
| «Bullying» socialista | 271 |
| Poesía en el supermercado | 273 |
| Submarinos amarillos | 275 |
| Rapsodia en rojo | 277 |
| Oquedad | 279 |
| Tábula rasa | 281 |
| Vergüenza ajena | 283 |
| Agua pa' Mayeya | 285 |
| Olímpicas | 287 |
| El mejor cine | 289 |
| Amor crónico | 291 |
| Música libre | 293 |
| Ciudad desvencijada | 295 |
| Lengua rota | 297 |
| Vitroplantas | 299 |
| Estercolero | 301 |
| Colaboracionistas | 303 |
| Burundanga en la Habana | 305 |
| Atrapados con salida | 307 |
| Patéticas | 309 |
| Ensayo general | 311 |
| Pesadilla del historiador | 313 |
| «Contra el regueton, nada» | 315 |
| De Camajuaní al cielo | 317 |
| Piedras rodantes | 319 |
| 90 años de un gran actor | 323 |
| País de segunda | 325 |
| Escaramuza | 327 |
| Arte con subtítulos | 329 |
| Oscuro laberinto | 331 |
| Miami, cruce de caminos | 333 |
| Segundo «caso Padilla» | 335 |
| Entuerto cultural | 337 |
| Apuntes sobre un clásico | 339 |

| | |
|-----------------------------------|-----|
| Morbo revolucionario | 341 |
| Repudio | 343 |
| Lechuga y melaza | 345 |
| Adios, René | 347 |
| En negro y blanco | 349 |
| La isla más «fermosa» | 351 |
| Muere un comisario | 353 |
| Ciudad del cine | 355 |
| Debacle cultural | 357 |
| Elena | 359 |
| Cinco veces Paul | 361 |
| Parcelas de miedo | 363 |
| Memorias de la escasez apremiante | 365 |
| Mi cinéfilo predilecto | 367 |
| Vigencia | 369 |
| Vulgar rebatiña | 371 |
| Melaza regresa a Miami | 373 |
| Washington D.C. | 375 |
| Sigue pendiente | 377 |
| Mala suerte | 379 |
| ¡No!, como decíamos ayer | 381 |
| A golpe de cubatón | 383 |
| Paraísos devastados | 385 |
| Una pesadilla | 387 |
| Pez picha | 389 |
| Agobio amarillo | 391 |
| Cómplice | 393 |
| Antonia | 395 |
| Desaparecidos del mapa | 397 |
| Conga de lujo en Nueva York | 399 |
| Beatles como culto | 401 |
| Carne barata | 403 |
| Miedo al 3D | 405 |
| Encanallar | 407 |
| Memorias cubanas de la feria | 409 |
| Arqueología clásica | 411 |
| Chef leal | 413 |
| Todos los hombres del dictador | 415 |
| Africa mía | 417 |

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Integrados y apolíticos | 419 |
| 2014 | 421 |
| El grinch | 423 |
| Otra vez Billy Joel | 425 |
| Offline | 427 |
| Supervivencia | 429 |
| Desolación | 431 |
| Gusano | 433 |
| Conducta | 435 |
| El Oscar en cuba | 437 |
| Hipocresía | 439 |
| Sin Miami no hay país | 441 |
| Harto | 443 |
| Un día sin Miami | 445 |
| Grecia | 447 |
| Luz de esperanza | 449 |
| A favor | 451 |
| Sin abolengo | 453 |
| Ubre exhausta | 455 |
| Los músicos y el «viejito feo» | 457 |
| Parches y remiendos | 459 |
| El cine cubano está en otra parte | 461 |
| Campañas | 463 |
| El triunfo le pertenece | 465 |
| Honesty | 467 |
| Goodbye Castro | 469 |
| El horror | 471 |
| Deporte, derecho del pueblo | 473 |
| El terror | 475 |
| Mi hermana y la felicidad | 477 |
| Intercambio cultural entre nosotros | 479 |
| Museos | 481 |
| Irrespeto de Buena Fe | 483 |
| Elogio de la madre al amanecer | 485 |
| Otro intercambio cultural | 487 |
| Abercrombie vs. Che | 489 |
| Visa y dinero | 491 |
| Érase una vez una isla | 493 |
| Tu cine por siempre | 495 |

| | |
|---|-----|
| Simple curiosidad morbosa | 497 |
| Una plaga recorre el mundo | 499 |
| Matrimonio perfecto | 501 |
| Conducta: toma dos | 503 |
| El paquete | 507 |
| Martí como Noé | 509 |
| El arte de Paul | 511 |
| Regulado | 513 |
| No somos nada | 515 |
| Perdona la indiferencia | 517 |
| Cantet no regresó | 519 |
| Isla paradójica | 521 |
| 2015 | 523 |
| En un rincón del alma | 525 |
| Dicotomía | 527 |
| Piratas del caribe | 529 |
| Otra mirada indiscreta | 531 |
| ¡Viva Miami! | 533 |
| Mi suegro | 535 |
| Otra realidad llega al Oscar | 537 |
| La obra del siglo y otras libertades | 539 |
| Gay cuba | 541 |
| Campo minado | 543 |
| Eternos Beatles | 545 |
| Los ríos de marzo | 547 |
| Aniversario incompleto de la cinemateca de Cuba | 549 |
| Jelengue | 553 |
| Berenjenal | 555 |
| La voz de su generación | 557 |
| Mi madre-patria | 559 |
| Regreso a Ítaca | 561 |
| Ciudad sin alma | 563 |
| Cuerpos cubanos en bandeja | 565 |
| El vuelo de gala | 567 |
| El rock y la libertad | 569 |
| A las puertas de Troya | 571 |
| Apertura | 573 |
| El regreso de Marquitos | 575 |
| El rey ha muerto, viva el arte | 577 |

| | |
|--|-----|
| Y pasaron águilas por Miami | 579 |
| Legado | 581 |
| Otro experimento | 583 |
| Desmontaje | 585 |
| La música como libertad | 587 |
| Entrar por el aro | 589 |
| Viajar en cubano | 591 |
| Cuba coreana | 593 |
| Insolidaridad | 595 |
| Divino guion | 597 |
| Mientras su guitarra llora gentilmente | 599 |
| La segunda piedra rodante | 601 |
| Reino de la miseria | 603 |
| Burdel travestido | 605 |
| África sombría | 607 |
| Beatles como nuevos | 609 |
| La libertad y el miedo | 611 |
| Sin mago ni Oz | 613 |
| De bodegas y cimarrones | 615 |
| Cineastas enardecidos | 617 |
| Buen aniversario | 619 |
| Margarita de «afuera» | 621 |
| 2016 | 623 |
| Convergencia | 625 |
| Insalvable | 627 |
| Vive en Miami | 629 |
| Madonna, al fin | 631 |
| Encerrona | 633 |
| A santo de qué | 635 |
| El arte de morir | 637 |
| La reina que fue jueves | 639 |
| «Señoras y señores...» | 641 |
| Cumpleaños | 643 |
| Visitaciones | 645 |
| Gimnasio | 647 |
| Todo bajo control | 649 |
| Hasta que se seque el malecón | 651 |
| Vidas equidistantes | 655 |
| Pasarela | 657 |

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Hombres de confianza | 659 |
| Mi prima libre | 661 |
| Santana IV | 663 |
| Maracas y bongó | 665 |
| Puro Mccartney | 667 |
| Fulastre | 669 |
| Zapaticos que aprietan | 671 |
| Razones para escapar | 673 |
| Mujeres cubanas en la encrucijada | 675 |
| Mendigos de la modernidad | 679 |
| Espejismos | 681 |
| Mi convención | 683 |
| Geriatría totalitaria | 685 |
| ¡Saiko mccartney! | 687 |
| Complicidad | 689 |
| Poner pies en polvorosa | 691 |
| Mensajero de la verdad | 693 |
| Bailar en libertad | 695 |
| Ocho días a la semana | 697 |
| Nuestro número 16 | 699 |
| El miedo les devora el alma | 701 |
| Wajda en el olimpo | 703 |
| Fellini y la política | 705 |
| Bowie: fijeza del genio | 707 |
| ¿Y la dictadura? Bien, gracias | 709 |
| Patria o muerte | 711 |
| Bendita democracia | 713 |
| Santa y Andrés censurada en la habana | 715 |
| Escenas costumbristas | 717 |
| El mismo martirio | 719 |
| Arcoíris turbio | 721 |
| 2017 | 723 |
| Penumbra en la habana | 725 |
| No tienen suerte | 727 |
| El castrismo no es un legado | 729 |
| Mi suegra | 731 |
| Claro de luna | 733 |
| Lisboa, primeras impresiones | 735 |
| Viajar es sinónimo de libertad | 737 |

| | |
|------------------------------|-----|
| Inamovible | 739 |
| Artistas en la penumbra | 741 |
| El silencio oficial | 743 |
| Bondad y drama en Nueva York | 745 |
| Isla a la deriva | 747 |
| Cine sin coletillas | 749 |
| El cuartico está igualito | 751 |
| Soldados artistas | 753 |
| Cita con la redención | 755 |
| Flores robadas | 757 |
| Veinte años después | 759 |

